

La Caricatura

16 PAGINAS. 15 CENTIMOS

AÑO 1

MADRID, 12 DE NOVIEMBRE DE 1892.

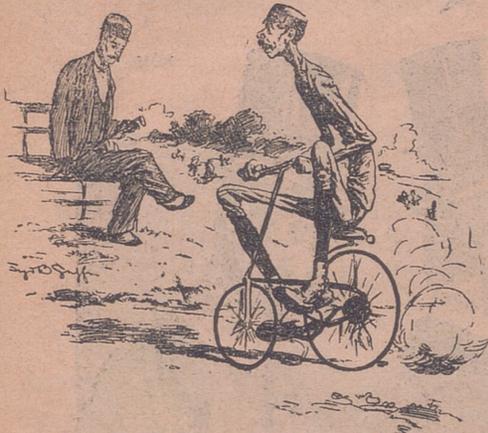
NÚM. 17.



PASEO DE LAS DE GÓMEZ

— ¡Ay, si yo fuera paraguas! ¡Cómo había de servirla de aq, o, o., y preservarla del sol., y cubrirla cuando l'oviera..., sólo á cambio de ocupar su puesto!

La semana



¿YEN ustedes voces?

Es que cantan los orfeones.

Digo, es que han cantado los orfeones y queda en los oídos así como el zumbido de dos mil abejorros.

No es que yo califique de abejorros á los profesores que forman en esas masas corales que han venido al concurso para ganarse en buena lid el premio municipal.

Quisiéramos algunas de esas voces para el teatro de la ópera.

Pero esos conciertos á voces solas recuerdan los tiempos primitivos de «nuestros primeros padres» ó de nuestros más aplaudidos padres.

Así debieron de distraerse y divertir las amarguras del trabajo los chicos de Adán y señora, en la tierra virgen.

Nuestros segundos padres.

Primero, cantaríá papá solo, romanzas y «áreas».

Después, dúos con mamá.

Más tarde, coros de ambos sexos, con los primeros hijos.

Como primero fué la melodía, y después la armonía, y después la gimnasia instrumental.

Tal vez el paso de esos orfeones por Madrid despierte en este pueblo la adormecida afición al canto.

Porque en Madrid hubo también masas corales ó corrales en algún tiempo.

Cuando había «casas de vecindad» como la de «Tócame Roque».

Cuando se echaban á la calle todas las tardes las estudiantinas, ó dos días á la semana, en los últimos tiempos.

Cuando los orfeones realistas cantaban la «pitita», ó los liberales el «trágala», instrumentados por el maestro Acebuche.

Cuando había animación y concurrencia escogida entre lo más florido de los ramos de aguadores del reino y carboneros vitálicos, en el *Prater clus* de la Virgen del Puerto.

Y aun solistas callejeros había en Madrid, como *Perico* y la *Benita*, ambos ciegos «aunque de ambos sexos»; los hermanos del «Pecado mortal», con voz de lo

mismo; los jóvenes ya toscanos, al par que cantantes, profesores arpistas, y los serenos.

Esto sin contar á los que, en otros días «más felices», cantaban en *el potro*, ni á los que cantan en la mano.

* * *

La afición se despierta con esos modelos de orfeones.

Conozco á más de un sujeto de esos que quieren serlo todo, que ya se están preparando para orfeones matritenses.

Los muchachos juegan á los orfeones, y hay casa que parece una colmena por el zumbido de los angelitos.

—¿Qué tiene el niño?—preguntaba una señora de mi vecindad á otra convecina.—¿Le duelen las muelas?

—No, señora,—respondió la mamá de la criatura,—es que juega.

—¡Ay! si parece que muge.

—Es que está con su papá haciendo el orfeón.

—Para mí—opinaba una señora—los gallegos son más dulces y más tiernos.

—Hija, parece que habla usted de pastelillos. No diga usted eso, que donde están los «bilbilitanos»... Parecen ángeles vocales.

—«Los bilbainos», querrá usted decir.

—Es lo mismo.

—No, señora—replicó la otra, que es una literata, aunque sin ortografía ni sintaxis.—Es como si á los naturales de Mahón les llamase usted mahometanos.

* * *

En estos festejos se ha echado de menos un congreso, ó, cuando menos, un concur-

so de velocipedistas y otro de ocarinas.

Ignoro, así como otras muchas materias, si los indios conocerían el biciclo y las bicicletas cuando llegó Colón á tierra americana.

Pero la ocarina pertenece á la edad de barro, anterior á la edad de piedra, y, por consiguiente, á la edad de ladrillo.

La sencillez de su fabricación revela su antigüedad.

La ocarina es la inmediata precursora de la señorita del cuerpo de coros, de nuestros días.

Por lo menos en la voz.

Indudablemente reconocían, lo mismo que yo, la falta de ese número en el programa los individuos que incendiaron las enaguas municipales del tablado de la plaza del acordeón ó de Madrid y Fusteguerras.

—¡Qué orfeón, hija! ¡qué orfeón!—decía una joven *chulement* á otra de la misma clase, refiriéndola los acontecimientos de la noche.

—¿Cantaban bien?

—¡Anda! como de sábado; imitando la limpieza de los faroles públicos y de los guardias idem.

—¿Pero lo hacían con la boca?

—No, con la boca solamente, no; se acompañaban con estacas que habían arrancado del patíbulo «municipal». Por eso te digo que era con la boca, y con la cara y el pelo.

—¡Ya!

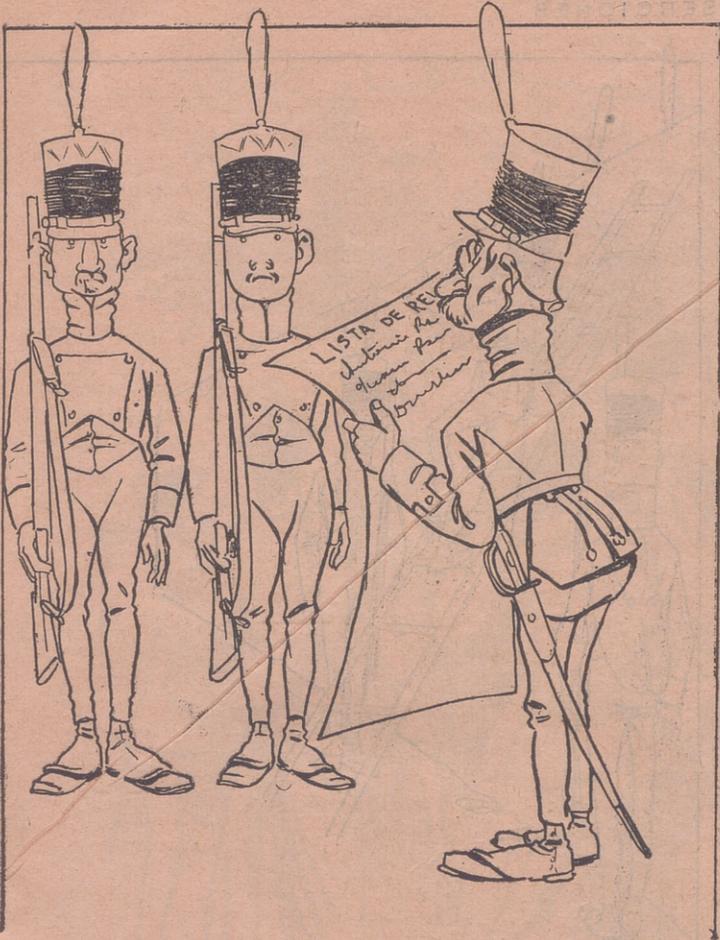
—¿Y quiénes eran?

—¿No lo estás oyendo? Pues un orfeón libre; el de Palos de Moler.

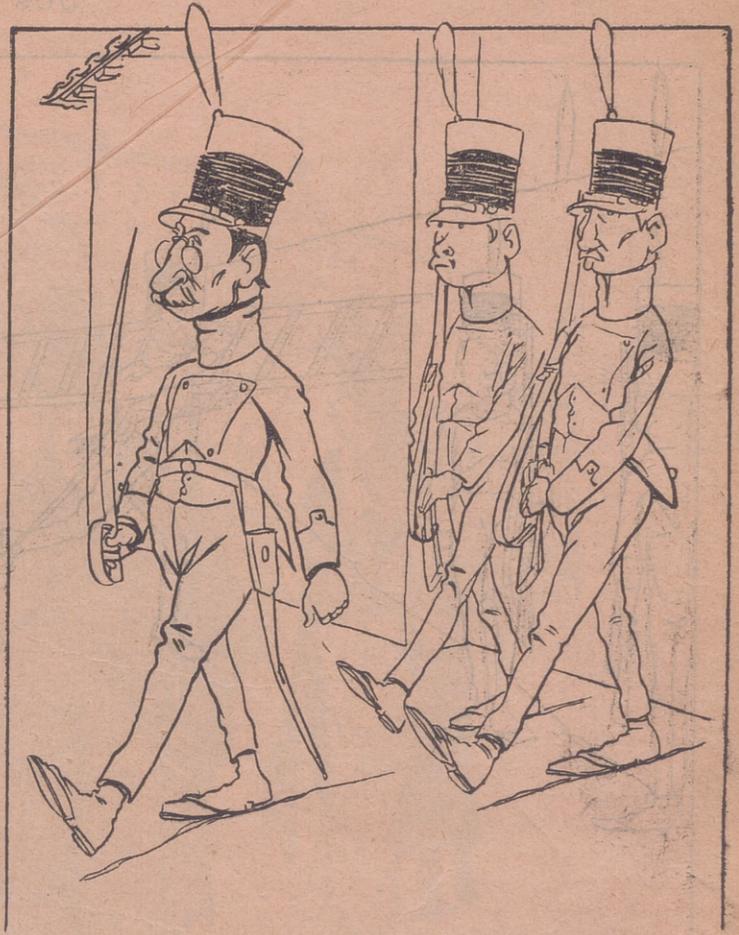
EDUARDO DE PALACIO.



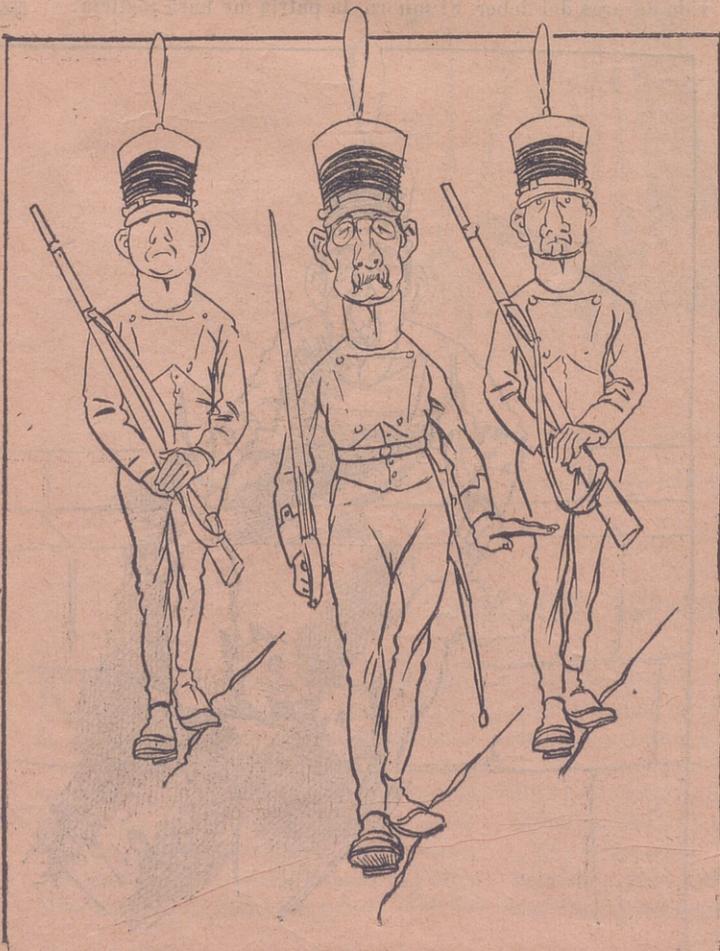
—Hace rato que lo estoy pensando: siempre que nieva se pone el suelo blanco, y cuando está el suelo blanco hace más frío que cuando no lo está. ¡Cuidado si es esto raro!



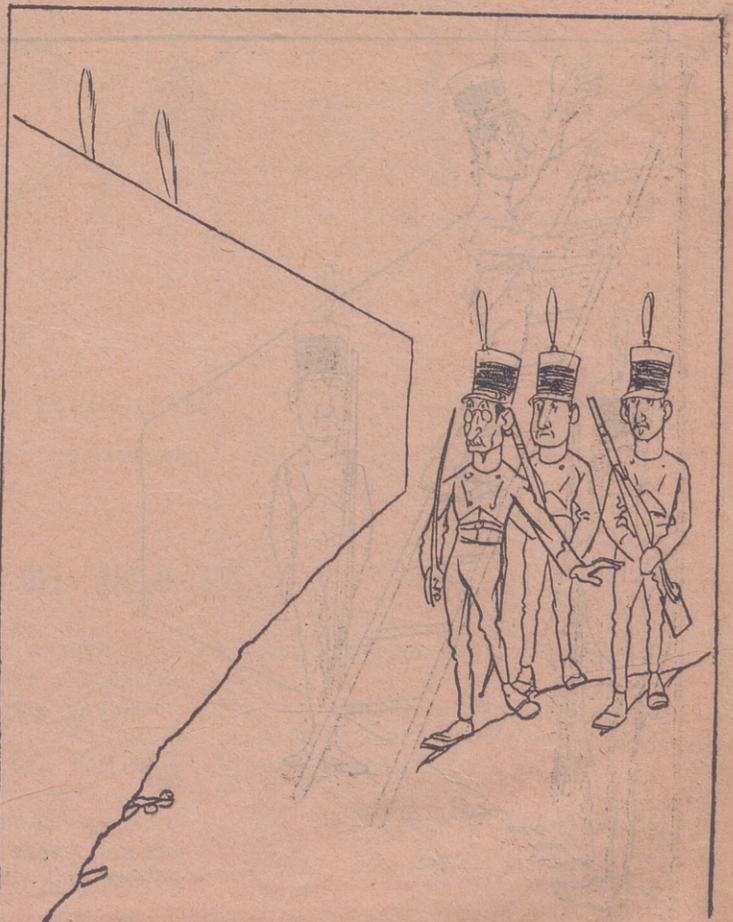
1.—Al pasar lista á su sección el cabo González, observó con asombro que le faltaban dos hombres.



2.—Indudablemente se trataba de una desertión á dos, y se hacía preciso dar con los culpables.

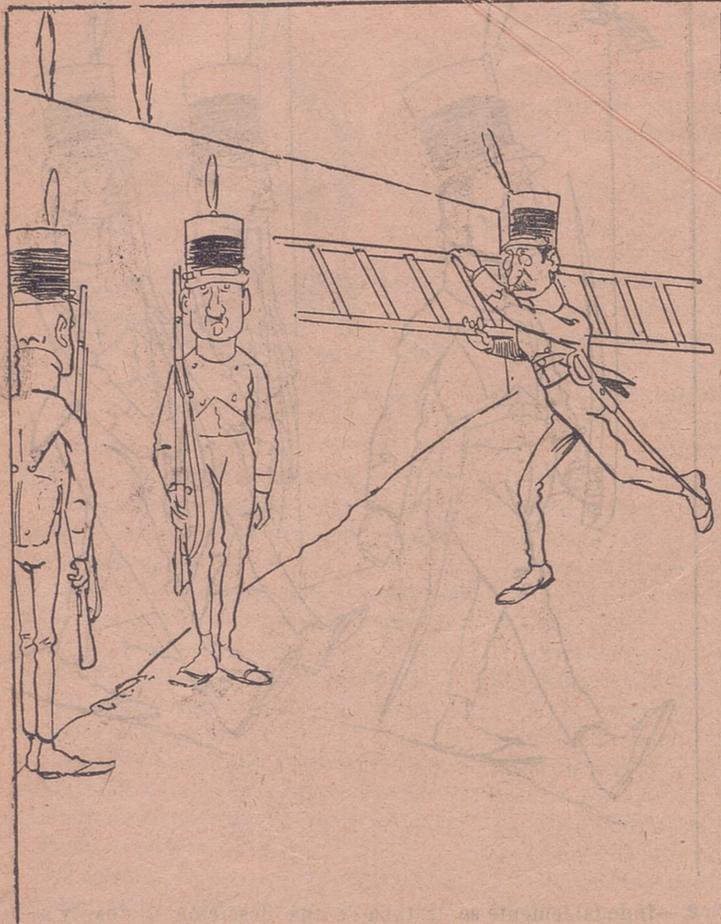


3.—Salíó, pues, con la única fuerza que le quedaba en busca de ellos.

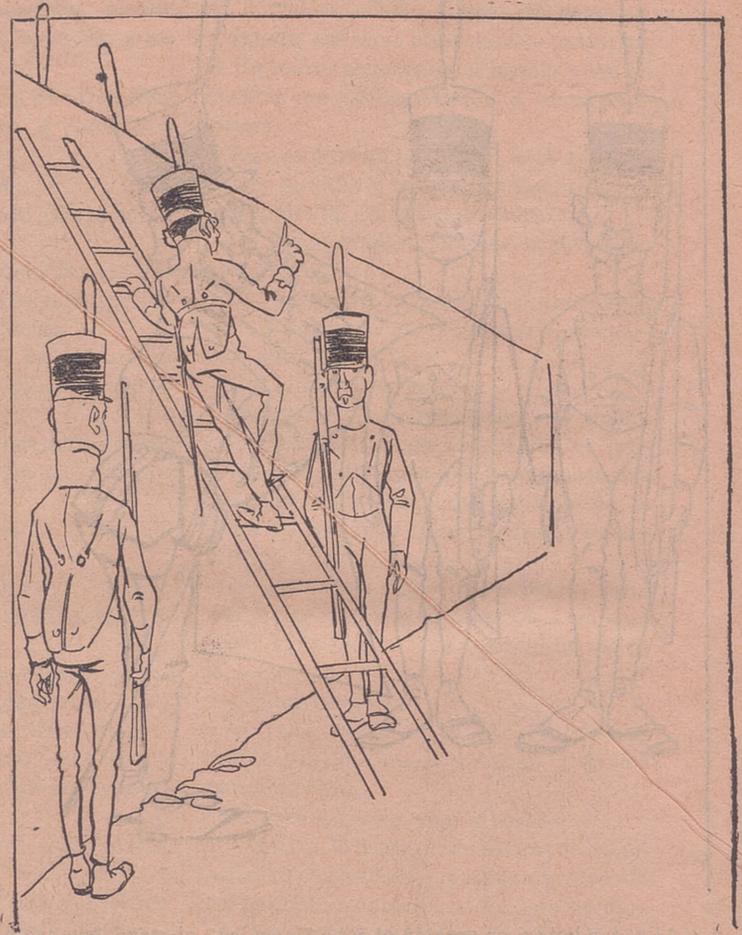


4.—Y no fué desgraciado en sus pesquisas: á los pocos pasos divisó los pompones.

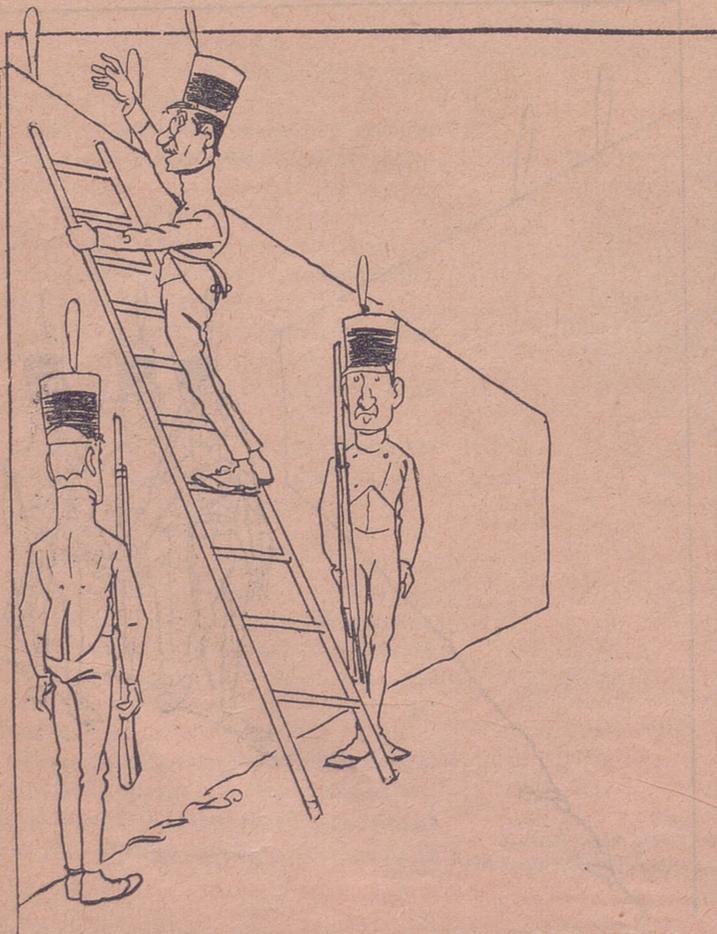
LA CARICATURA
DOS DESERCIONES



5.—Tomando todas las precauc'ones convenientes, corrió por una escalera para llegar á ellos y sorprenderlos.



6.—Soldados: —dijo desde lo alto de la escalera.—Voy á sacrificar mi vida en aras del deber. Si muero, la patria me hará justicia.



7.—Y una vez arriba se preparó, y gritando «¡dáos presos!...»



8.—¡.....!



CARROZAS, PENDONES Y ESTANDARTES

—No vaya usted á la cabalgata ¡oh joven! que ya hay bastantes... estandartes.

CUENTOS ESPAÑOLES DEL SIGLO XVI

REPREHENDÍA un prior á un su subdito y nuevo predicador, que, en un sermon de las vírgenes, había estado demasiadamente virginal; por qué hizo en él muchos apóstrofes á ellas, diciendo que las amaba y las quería y que era de ellas muy devoto, y que deseaba vivir y morir con ellas: y cosas desta manera dichas más con simplicidad que con deshonesto celo.

Mas no bastó su buena voluntad á que los oyentes no murmurasen y la murmuración no viniese á las orejas del Prelado: el cual dijo despues al predicador: que de allí en adelante mirase cómo hablaba en aquella materia; y le dió las razones.

El predicador se indignó de verse reprehendido y dijo colérico. Pues bien, padre nuestro, ay más que decir, digo otra vez

que amo á las vírgenes y que vírgenes las quiero.

El padre superior respondió, con mucha fiema: Y yo también; mas no lo pido á voces y en el púlpito.

DR. ALONSO LÓPEZ PINCIANO.

(Médico de Carlos I.)

PALIQUE

Si la literatura tuviera faroles (los tiene en sentido figurado), esta era la ocasión de romper unos cuantos con motivo del Centenario de Colón.

Todo lo habían profanado... no faltaban más que las letras y... se abrió el Congreso literario.

Y lo primero que hizo fué... nombrar presidente honorario á D. Antonio Cánovas del Castillo.

Qué dirán los extranjeros... que no sean á su vez Cánovas ultramarinos.

A cualquiera se le ocurre que en materias literarias los que deben terciar son los literatos. Pues no, señor. ¿Una presidencia de honor? Para el que manda, para el jefe del Gobierno. Esto se concebiría si el concurso literario estuviera hecho para la *Gaceta* y los *Boletines oficiales*... ¿No hubiera sido más natural adjudicar la presidencia de honor á una honra de las letras, á un gran hombre artista de la palabra? ¿No estaban ahí, por ejemplo, Zorrilla y Castelar? Y como si fuera poco un presidente honorario, allá van otros dieciséis.

Ahora, dirá el lector, ahora vendrá la lista de los escritores eminentes... ¡Ps! Los demás presidentes honorarios se llaman así: Sáenz Peña, Batista, Mont, Caro, Rodríguez, Reina Barrios, Leiva, Díaz, Lacasa, Escobar, Morales, Ezeta, Iberaux, Herrera y duque de Veragua.

Ellos serán grandes poetas, grandes novelistas, grandes historiadores... pero yo no conozco más que á D. Miguel Antonio Caro, literato eminente de Colombia, y al duque de Veragua, eminente nieto de los parientes de Colón, pero nada Cervantes.

A esos señores, se me dirá, se les ha nombrado presidentes honorarios porque son presidentes de las repúblicas hispano-americanas... con excepción del duque, á quien no habiendo podido honrarle antes, porque todo lo presidía Cánovas, se le quiere contentar ahora metiéndole á literato.

Pero contesto yo. En ese caso, ¿qué pito toca ahí Cánovas á la cabeza de tanto jefe de Estado? ¿Es que se cree él tanto como el Sr. Ezeta, poder moderador de toda una república? Si se trataba de poner honorariamente á la cabeza del Congreso á los jefes de los Estados, haber empezado por Alfonso XIII ó por la Reina Cristina, que serán probablemente tan literatos como el Sr. Mont ó el Sr. Rodríguez, y no han escrito, no tienen sobre su conciencia ninguna *Campana de Huesca*.

Pero, además, no veo el para qué de meter en Congresos literarios á los jefes de los Estados. Parece un acto de adulación y de utilitarismo mal comprendido. Se dirá que como se quiere dar eficacia al resultado del Congreso, principalmente por la que toca á las relaciones de propie-

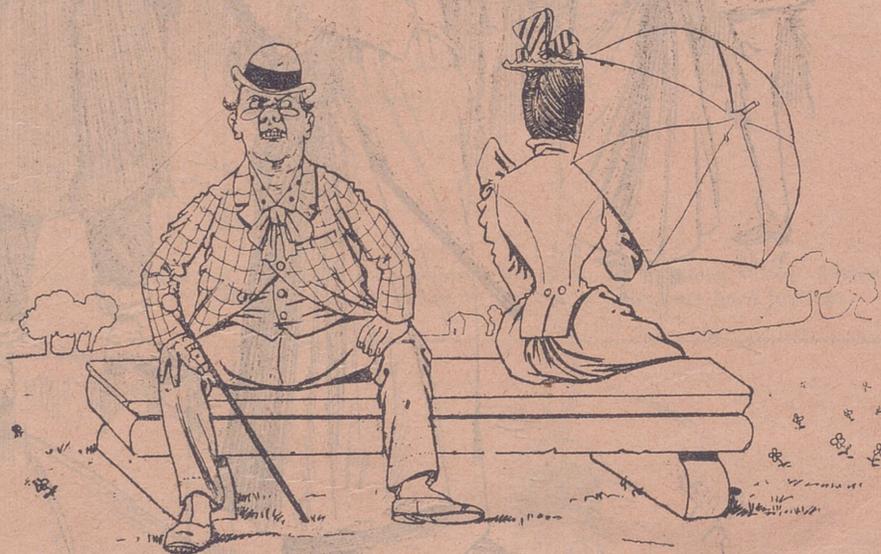
dad literaria, por eso... Pues replico, que los jefes de los Estados pueden darse por ofendidos, porque se deja entrever que se les creará más favorables á los propósitos del Congreso con ese dedada de miel. ¿Qué persona sería, qué hombre de Estado se ha de mover á procurar el bien de su país y de los países amigos por el aliciente de que le hagan literato honorario? ¿No basta con que lo que se pida sea útil, conveniente, justo?

Y sobre todo, ¿qué pito toca ahí Cánovas? ¿Es jefe de Estado? No. ¿Es literato? Sí... Pero más le valiera no serlo! —Lo mismo podía presidir Carulla, que también escribe, y tampoco es poder moderador.

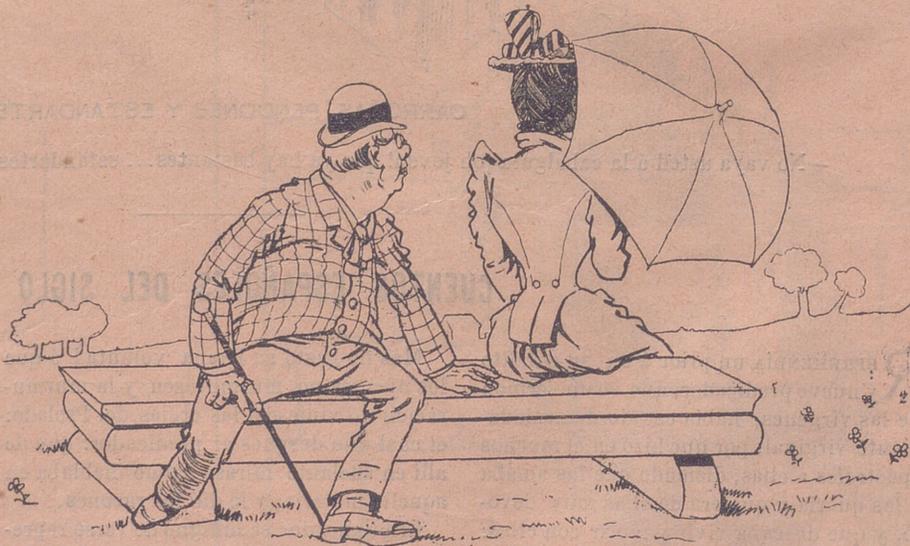
Ahora va la mesa efectiva. Presidentes: D. Gaspar Núñez de Arce. No tengo nada que decir. Es decir, sí tengo; que más le valiera á D. Gaspar dejar solos á los ge-

nerales y capitanes del Congreso y dedicarse á las *tareas propias de su sexo*, quiero decir, á escribir versos. Segundo, Obispo de Salamanca. ¡Protesto! Es un hablador mitrado, el autor de las *Harmonías* con h, llenas de disparates, plagios y pretensiones. ¡Fuera ése! Eso no es literato. Es un apóstol como pudiera serlo el Sr. Palou, presbítero, si le hicieran obispo. Escribe el señor Palou una armonía, no ya con h, sino con jota, y mitrará así: «*Jarmonías* de la ciencia y los 5.000 duros de sueldo.» ¡Fuera Mir! A Mir no le queremos. Tenemos Monescillos, tenemos Sáenz y Forés, tenemos, sobre todo, Zeferino González, gloria real, cada uno á su modo, del episcopado español. Mir, no. Mir es un Bosch tonsurado, un hombre vulgar que ha medrado por serlo. ¡Fuera! ¡No más Fabiés! Más presidentes: tercero, cuarto, etc., etc.: Almi-

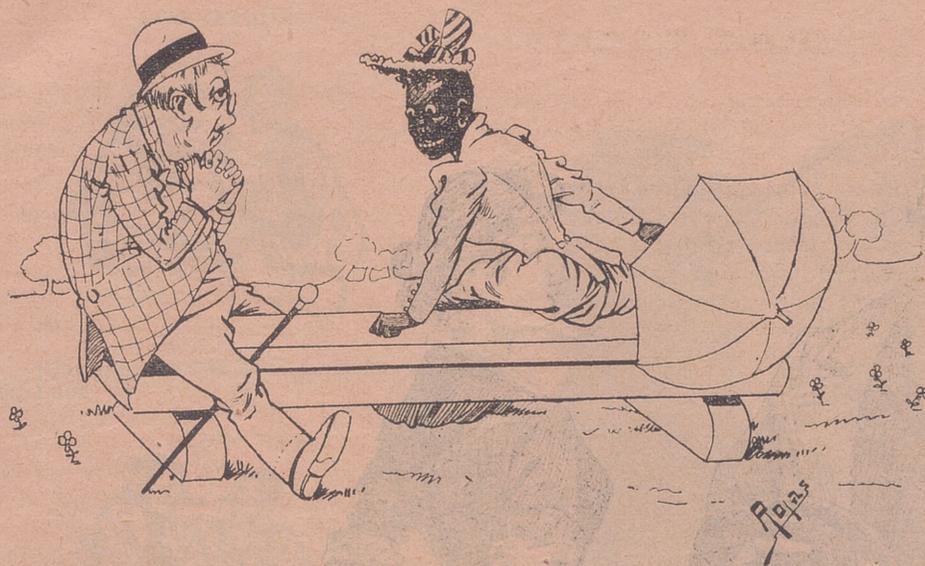
DON JUAN Y DOÑA INÉS



1.—No se me ocurre un requiebro distinguido, una frase...



2.—¡Bendiga Dios esa cara de cielo, de sol, de...



3. — ¿Hablaba usted conmigo?
— ¡No; hablaba solo!

rante Chacón; ¿pero señor, cuándo parecen los hombres de letras? ¡General Serina!—Antiguamente los Aquiles y Hectores hacían poesía épica, pero no la escribían;

ahora los Aquiles y Hectores son poetas de la escala de reserva. Quinto Presidente: D. Vicente Riva Palacio, ministro de Méjico. Lo que es de éste no se puede decir

que no escribe. ¡Rediós si escribe! También es general... Como que es el tan conocido general Riva Palacio; uno de los hombres más activos que han nacido de madre. Además le protege el pabellón mejicano. Siguen los demás ministros americanos hasta llegar á D. Miguel Colmeiro, rector de la Universidad de Madrid, y catedrático de ciencias naturales.

Entre el ministro de Santo Domingo, la isla de donde trajo dos loros una señora, y el ministro del Perú, encuentro á un D. José Echegaray, que se cae de bueno y se deja traer y llevar. Y siguen los ministros alternando con Carvajal, Fabié y Berra.

Después vienen los secretarios del Congreso que son... *naturalmente*, los secretarios de las legaciones... y el Sr. Cuenca, delegado de... ¡la capitania general de Burgos!

Pero, señores; ¡esto no es un Congreso literario! ¡Es un consejo de guerra!

¡Y querían que yo fuese al Congreso representando no sé qué!

¡Cá! ¡Para que me fusilen!

Clarín.

Chisporroteo.

Viendo dos ciudadanos la otra tarde pasar la «cabalgata» del Comercio, fijaron su atención en la carroza del gremio «embriagador» de vinateros, y, contemplando el *Baco*, que montado iba sobre un tonel, dijo uno de ellos:
— Oye; ¿qué representa esa «persona» que va tan mal de ropa en el invierno?
— Pues representa el vino, dijo el otro.
— Y, ¿por qué está desnudo?—Pues por eso: para ser más exacto; porque el vino, en muchas ocasiones, está *en cueros*.

A Bosch ya le han admitido la dimisión de su cargo sin la consabida fórmula, que es corriente en estos casos, de «quedar muy satisfechos de la inteligencia, tacto, celo y lealtad, y... *etcétera* con que lo ha desempeñado.»

Yo la omisión no me explico y de entenderla, no acabo...
«¿No han quedado *satisfechos*?»
¿Cómo es posible ¡Dios Santo! cuando todos los demás hemos quedado tan *hartos*?

En Barcellona Pozo di Gotto hace unos días que hubo un motín y ahora hay noticias de otro alboroto morrocotudo que hubo en Berlín.

Nuestros motines, sin duda *lucen* y éxito inmenso logrando están, pues, por lo visto, ya los traducen al italiano y al alemán.

Dato curioso y sencillo que han dado en Gobernación: «A Córdoba irá *Novillo*, que antes estaba en *León*.»

Lo guardaré en la memoria porque tiene mucha «sal» y es dato para la Historia... natural.

Por yo no sé qué belén de una herencia, que hoy, al fin, pide el pueblo que le den hubo en Cáceres también contra el alcalde un motín.

Yo por mí á nadie censuro por más que se me figura que habrá razón, de seguro, para que en *Extrema-dura* lleguen á ese *extremo-duro*

Felipe Pérez y González.



ESTADO SANITARIO

—La señora sentirá mucho no recibir á usted; pero la pobre está ahora con una jaqueca... ¡de caballería!

50 PESETAS.—¡Doscientos reales!

TODAS LAS SEMANAS

A los lectores de LA CARICATURA.

Véase en qué forma: Publicaremos en todos los números una sección amena para los que quieran ganar dinero perdiendo el tiempo. En esta sección irá invariablemente un jeroglífico, ó una charada, ó un laberinto, ó cualquiera otra cosa «con premio». Tomándose el trabajo de descifrarlo, se pueden ustedes ganar un sueldecito modesto: cuarenta ó cincuenta duros al mes. Los premios se dividen en la siguiente forma:

PRIMER PREMIO de 50 pesetas.

para el lector que primero envíe la solución exacta, y

cinco premios de consolación

consistentes en un año de suscripción á LA CARICATURA para otros tantos lectores que también hayan enviado la solución y que por orden de antigüedad se reciban después de la primera.

Las soluciones han de estar en nuestro poder los martes.

Para mayor variedad preparamos otros muchos premios de 25, 50, 75 y 100 pesetas.

El jeroglífico de la penúltima página es el que tiene premio.

DOS AMIGOS



—¡Qué gordo se está usted poniendo, señor Luis!



—¡Buenas chuletas entrarán en esta tripa!



—¡Y buenos bisteses con patatas!



—¡Que se le van á usted a juntar las grasas, señor Luis!



—¿Y mi cerveza?



Rima amorosa.

Nuestros labios, unidos como las rimas que se buscan y enrajan unas con otras, se han juntado en un beso y han esculpido del amor la encendida sonora estrofa.

Nuestros ojos unidos como las rimas, han mezclado las almas con ansia loca y han escrito con luces de las miradas del amor la impalpable divina estrofa.

Nuestras manos, cruzadas como las rimas, han mezclado sus dedos como las rosas, y han compuesto en instantes de afán del amor la apretada sentida estrofa.

Si somos dos estrofas de iguales rimas, ¿por qué no unir amantes nuestras dos formas y hacer de dos estancias sólo un poema calcando verso á verso las dos estrofas?

Salvador Rueda.

Manuel Matoses.

¿LO SERÁ Ó NO LO SERÁ? (1)

MONÓLOGOS Á DÚO

Escena: Un departamento de primera clase en un vagón del ferrocarril.

Personajes: D. Juan, cincuenta años, grueso, sin barba, traje negro.—D. Blas, treinta y seis años, flaco, patillas lacias; americana y hongo.

Es de noche. En el andén de la estación de Madrid hay gran animación. Llega D. Blas con un lio de paraguas y un saco de piel en una mano, y una manta liada en la otra. Le acompaña un mozo conduciendo una maleta.

Al poco rato se presenta don Juan cargado con una maleta, un saco de viaje y una manta.

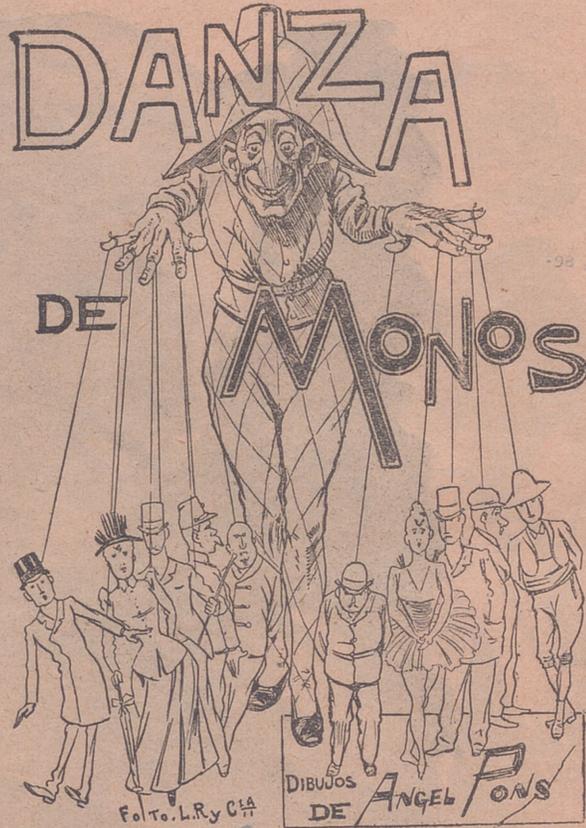
Cada uno de los personajes se sienta en un rincón del coche, opuesto el uno al otro.

Suena una campana gorda, luego otra chica (como cuando en Madrid tocan á fuego), luego se oye un pito, después silba muy incomodada la máquina, echan los bofes los pistones vomitando agua y humo, se mueve el tren, avanza, crece en ímpetu, y al poco rato todos los viajeros van balanceándose, como si los acunaran para procurarles el sueño.

D. Juan y D. Blas permanecen inmóviles en su sitio, como pensando en el porvenir, ó en las musarañas, se miran con desconfianza, chupan á dúo el pitillo que cada uno lleva encendido, escupen á dúo, etc., etc.

Ambos personajes hablan aparte y *al paño* como en las comedias, es decir, de manera que les oiga el público (que ahora lo son ustedes), y no les oiga el otro actor (que son cada uno de ellos respectivamente).

Me explicaré mejor, diciendo que yo escribo



lo que ellos piensan para que ustedes lo sepan, y ellos no se enteren de lo que piensa el compañero.

¡Arriba el telón!

ESCENA I

D. Juan.—(¿Qué clase de pájaro será este que se ha colado aquí?)

D. Blas.—(¿Quién será este tío gordo? No me inspira la mayor confianza.)

D. Juan.—(¿La verdad es que están pasando unas cosas en los ferrocarriles!...)

D. Blas.—(Y con la poca seguridad que hay hoy en los viajes!)

D. Juan.—(Por si acaso, no le quitaré ojo en toda la noche.)

D. Blas.—(Lo que haré es no dormir, y así no me pillaré desprevenido.)

D. Juan.—(¿Si tuviera la suerte de que fuera cerca!...)

D. Blas.—(¿Si se apeara pronto!...)

ESCENA II

TRANSURRE UNA HORA. Don

Juan coge la manta y la deslía.—

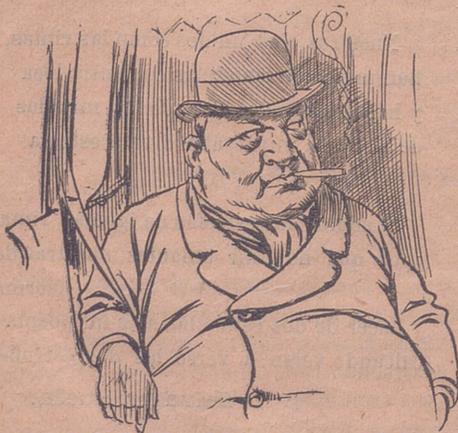
D. Blas hace rápidamente lo mismo.—El primero saca un pañuelo de hierbas y se lo ata á la cabeza.—El segundo se encasqueta una boina.)

D. Blas.—(¡Carape! ¡Qué cara de facineroso tiene con el pañuelo puesto!)

D. Juan.—(Pues con esa boina me inspira más desconfianza.)

D. Blas.—(¡Hola! ¡Se quita las botas y se pone zapatillas! ¡Sí, para estar más ágil! ¡Pues yo hago lo mismo!)

D. Juan.—(¡Qué casualidad! ¡También se pone zapatillas! ¡Y qué grandes le están! ¡No serán tuyas! ¡Vaya usted á saber dónde las habrá robado!)



(1) Del libro que se pondrá á la venta en la semana próxima, editado por Manuel Fernández Lasanta.

ESCENA III

D. Juan.—(Cada momento que pasa aumentan mis sospechas. ¡Ea! ¡Hombre prevenido vale por dos! Sacaré con disimulo del saco de viaje el revólver y me lo echaré en el bolsillo.)

D. Blas.—(¡Hola! ¡Hurga en su bolso de viaje! ¡Saca un objeto! ¡Parece un arma! ¡Sí, es un arma! ¡No, pues á mí no me coge descuidado! ¡Haré como que voy á echar un trago, saco el revólver y me lo pongo al lado! ¡En cuanto le vea venir hacia mí le sueltó un tiro! ¡El que da primero da dos veces!)

D. Juan.—(¡También él saca algo! ¡Te veo, besugo! ¡A mí no me has de sorprender!)

Una voz fuera del coche.—¡Castillejo! ¡Dos minutos! ¡Cambio de tren para Toledo!

D. Juan.—(¡Mire usted si ese hombre no podía ir á Toledo! ¡Qué gusto para mí!)

D. Blas.—(¡No, pues á Toledo no va! ¡Vaya! ¡Pasaremos una noche toledana! ¡Qué remedio!)



ESCENA IV

(Se abre la portezuela del coche.—D. Juan y D. Blas se incorporan al mismo tiempo, gritando alarmados: «¡Quién!» y echando mano cautelosamente á los revólvers.)

El Revisor (entrando).—¡No hay cuidado! ¡Billetes?

D. Juan da su billete y dice en voz baja al Revisor:—¿Por qué no se viene usted á este coche?

El Revisor (en voz baja).—¡No puedo! ¡Tengo que cumplir con mi obligación!

D. Blas, al dar su billete.—¡Oiga usted, Revisor! ¡Acerque usted el oído! Convendría que viera usted alerta, no



ocurra algo. He visto subir al tren algún pajarraco que... francamente, no me inspira...

Revisor (en voz baja).—¡No tenga usted cuidado! ¡Ya vigilamos!

ESCENA V

El tren corre vertiginosamente, diciendo: ¡Tracatrác tracatrác! ¡Tracatrác-tracatrác! De cuando en cuando pita la máquina.—El viento silba, la lluvia produce una monótona música en los cristales.—Cada minuto que transcurre parece un siglo á los dos viajeros que á dúo fuman, escupen, tiran la colilla, se abrigan las piernas con la manta y buscan el revólver para cerciorarse de que le llevan á mano.—Ambos viajeros miran su reloj á hurtadillas.—Es la una.—El tren acorta su velocidad y suena espantosamente, como si pasara por encima de diez mil latas de petróleo vacías.—De repente se para.)

Voces fuera.

Un tenor con languidez.—¡Alcáááázar, cuarééééenta minutos! ¡¡Fonda!! (Rápidamente.) Viajeros para



Alicante, Valencia, Murcia y Cartagena... ¡cambio de tren!

Un trío, con rapidez.—¡¡Agua!! ¡¡Agua!!...

Un bajo (maestoso).—¡Naváááájas!...

D. Blas.—(¡Caramba! ¡Aquí hay buena fonda! ¡Me alegraría bajar á tomar un chocolate! ¡Pero... no me atrevo á dejar el coche solo!)

D. Juan.—(¡Tampoco aquí cambia de tren ese tío! ¡Y no se baja del coche para nada! ¡Claro! ¡Quizás espere á que yo me baje para entonces!... ¡Pues se equivoca!...)

D. Blas.—(¡Si siquiera se durmiera ese hombre! ¡Pero quiá! ¡Se conoce que acecha la ocasión!)

D. Juan.—(¡Y no ha pegado los ojos en toda la noche! ¡Claro! ¡Le desvela la propia conciencia!)

(El tren vuelve á arrancar, y torna al poco rato á la rápida monotonía del «¡tracatrác!»)

ESCENA VI.

Comienza á amanecer, á dibujarse los objetos y á palidecer la luz del coche.—D. Juan y D. Blas se miran uno á otro de reojo.)

D. Blas.—(¡Es raro que este hombre no se haya decidido á asaltarme! ¿Será miedo? ¿Me habré equivocado?)

D. Juan.—(Desde que está amaneciendo parece como que recobro la tranquilidad. Yo creo que he hecho mal en sospechar de este hombre. ¡Quizás no sea lo que yo temía!)

D. Blas.—(¡Vaya! ¡Voy á decidirme á romper el silencio!)

D. Juan.—(Voy á buscar un pretexto para hablar con él.)

D. Blas.—(bajando el cristal).—¡Vaya! ¡Ya es de día!

D. Juan.—¿Decía usted algo?

D. Blas.—No, señor: ¡decía que ya es de día!

D. Juan.—En efecto, ¡ya es de día!

D. Blas.—Abriré para que entre el aire, si á usted no le molesta.

D. Juan.—¡Quiá, no señor!

D. Blas.—¿Ha dormido usted algo?

D. Juan.—¡Psh! ¡A ratos! ¿Y usted?

D. Blas.—¡Yo también he dormido á pedacitos!

D. Juan.—(¡Si corres como mientes!...) ¡Y eso que ahora, con las cosas que están pasando en los trenes, no debe uno descuidarse!

D. Blas.—¡Tiene usted razón! ¡Pero yo no tengo miedo.

D. Juan.—¡Ah! ¡Ni yo tampoco! ¡Tener miedo un hombre!

D. Blas.—¿Y va usted lejos?

D. Juan.—A Granada! Me han nombrado canónigo. ¿Y usted?

D. Blas.—Yo soy oficial de Fomento... y voy á Sevilla.

D. Juan.—¡Naturalmente!

ESCENA FINAL

(El tren se detiene.)

Un mozo.—¡Menjibar! ¡Ocho minutos! ¡Fonda!

D. Juan.—¡Hombre, voy á tomar un chocolatito!

D. Blas.—Yo también voy á desayunarme. ¡Pase usted!

D. Juan.—¡No, usted primero!

D. Blas (bajando).—(¡Este no ha dormido de miedo.)

D. Juan (bajando).—(¡Vaya una noche que le he dado á éste!

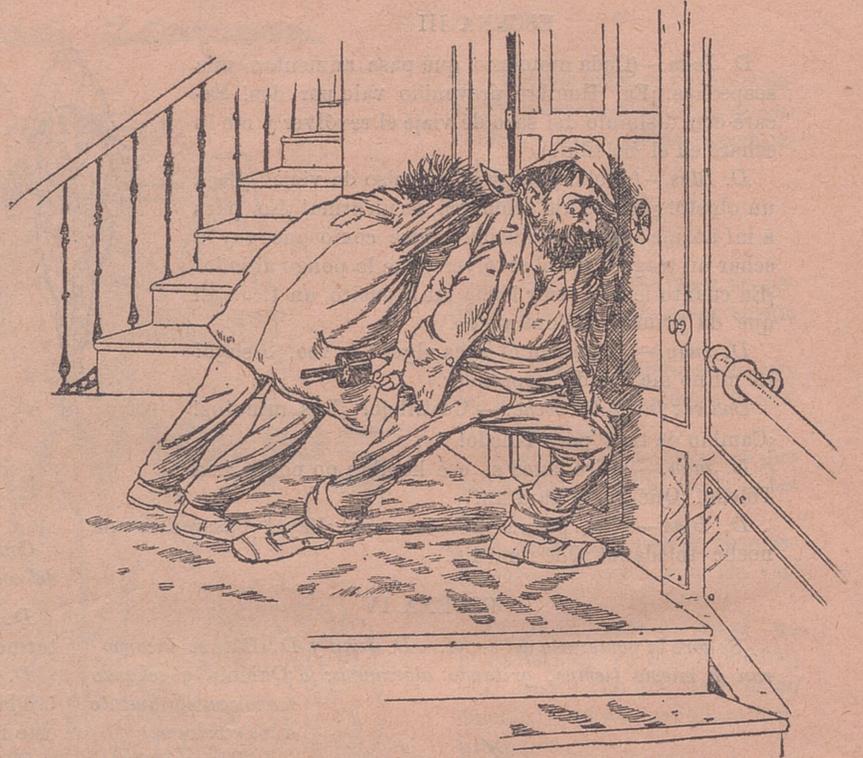
CAE EL TELÓN

Moraleja: El miedo es natural en el prudente,—por eso ¡lo padece tanta gente!

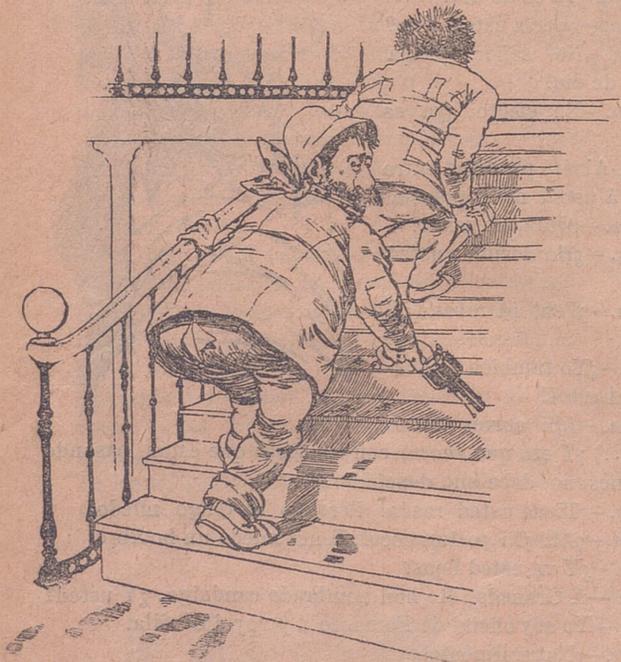
LA CAJA DE CAUDALES



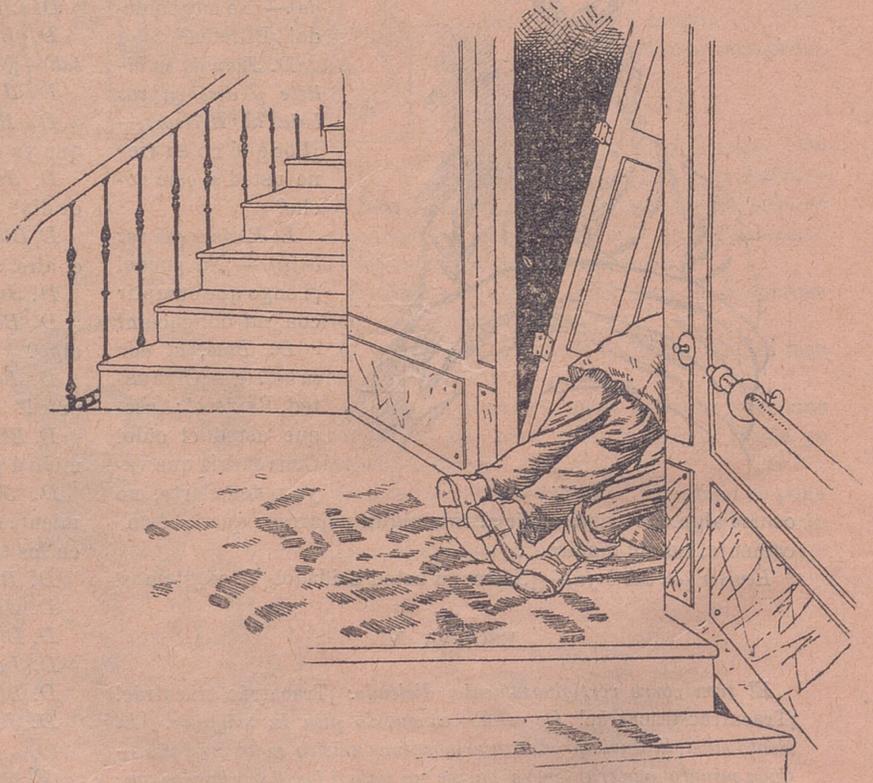
1



3



2



4

RECUERDOS DE COLÓN

¡Mil gracias, devuélvaselas usted—me dirá el lector regalándome un chiste. Pero he de advertir que no pertenezco al «Congreso espiritista», y que, por consiguiente no soy intérprete ni *medium* que lo valga entre el espíritu de Colón y las orejas de mis contemporáneos.

Me refiero al sin número de baratijas, cachivaches, juguetes y *bibelots* que la pequeña industria nacional ha puesto en circulación estos días para hacer pagar su tributo colombino á los forasteros, llama-

dos por unos *colombinos*, por otros *centenarios*, por otros *palestinos* y por nadie *Bobadillas*; siendo este el nombre que más les cuadra, seguido de los indispensables *Majaderano* y *Cabeza de Bucy*, epítetos perfectamente aplicables á los incautos que dejaron el «pájaro en mano» de las delicias del hogar, por el «buitre volando» de los festejos municipales de Madrid.

Retratos auténticos del verdadero Cristóbal Colón, efigies milagrosas de la nao *Santa María*, muy indicadas para los forasteros que traen el propósito de hacer una *carabelada* y correr una juerga en la villa y corte, «Colón y Bobadilla», ó sea «el gato

y el ratón», el mejor regalo para un niño, «el huevo de Colón», de la propia ternera ó de las propias gallinas del navegante..., todo se vende módicamente en los bazares, y en las aceras de la Puerta del Sol.

—¿Qué lleva usted ahí enrollado? ¿Algún título de congresista?

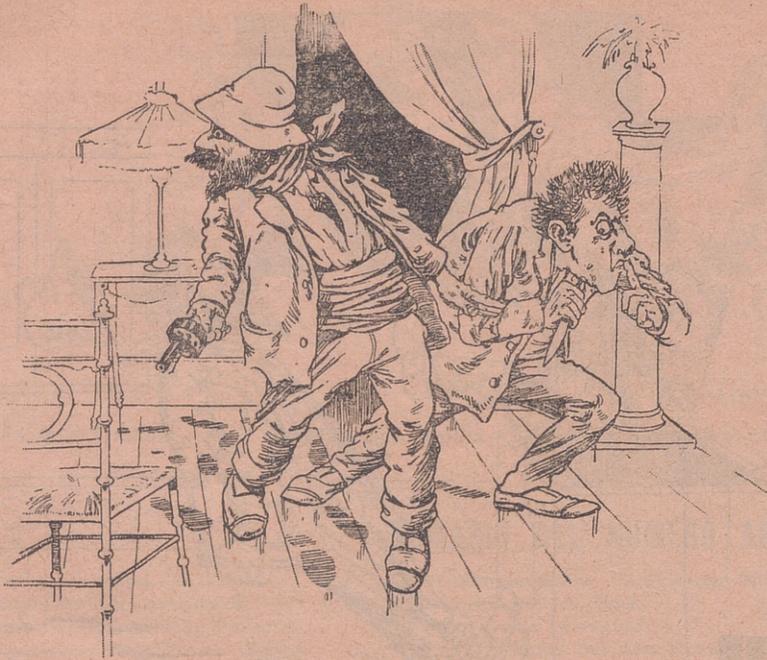
—No, señor; lo que priva ahora, el retrato del descubridor; ¡vea usted!

—¡Caramba; es un cromó precioso!

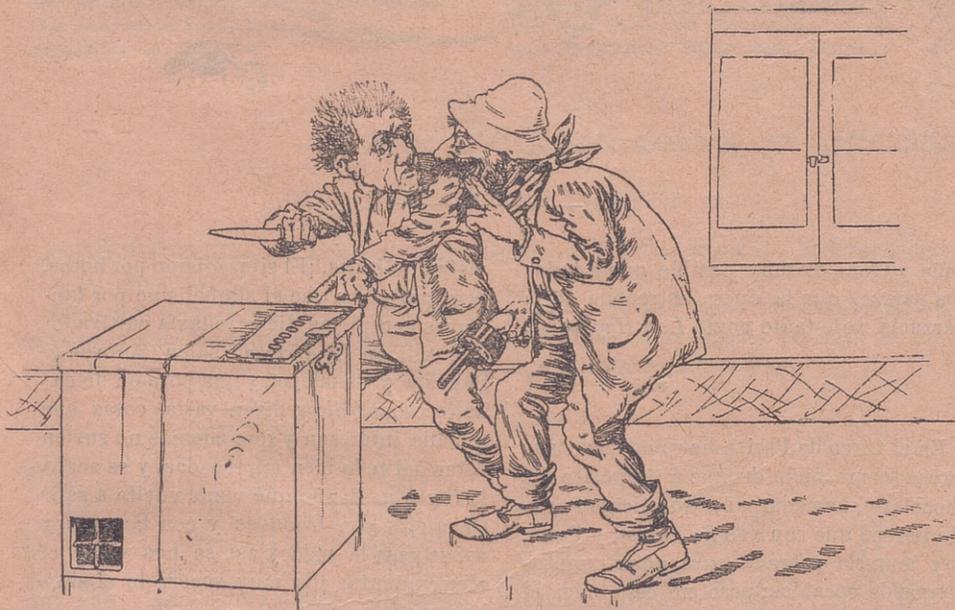
—Lo más notable es que cuando lo compré estaba tirado en negro.

—Ya, ¡vamos! Y como festejo lo ha iluminado usted completamente.

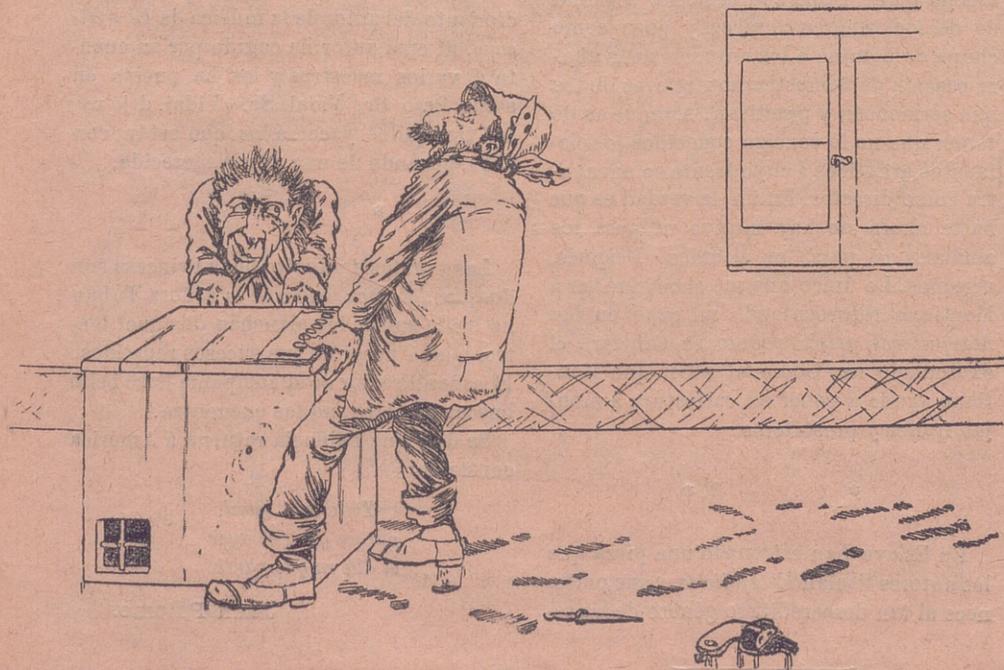
—¡Cá! Lo he llevado por ahí á ver las



5



6



fiestas, y enseguida le han salido los colores.

Escaparates, anuncios, carteles y revistas ilustradas ostentan en primer término la efigie del primer almirante recién salido de la barbería, y llevando al cuello un boa de última novedad.

— ¡Eureka! — exclama un colombófilo dándose una palmada en la frente.

— ¿Qué ha descubierto usted?

— ¡Friolera! Que Cristóbal Colón se afeitaba solo.

— ¿De veras?

— Y tan de veras. Está probado que el hombre no se llevó de Huelva ningún barbero (al menos el gremio no ha pedido para sí ningún cacho de gloria del descubrimiento), y sin embargo, ¡fíjese usted! todos los artistas pintan a Colón perfectamente descañonado al plantar la cruz en tierra americana.

Hay calendarios de Colón, petacas de Colón, dulces de Colón, medallas, dices...; de Colón queda todo menos la simiente.

Tan imposible es ir de paseo ó de tienda sin toparse a cada paso con la efigie del navegante, como era hace tres años salir a la calle sin ver la silueta de la torre Eiffel, tan alta y tan despatarrada.

Colón, Pizarro, Cortés, todos los descubridores de aquellos siglos, deslumbraban á los indígenas con baratijas.

Contemplad los artículos de moda ó de ocasión, y veréis como á los espanoles de ahora se les atrae lo mismo que á los indios de por entonces.

— Pero, ¿cómo era D. Cristóbal? — pregunta un sujeto tardo de comprensión.

— Anda, anda; ¡vaya éste con lo que sale! pues ¿no has visto por ahí el retrato en todas partes?

— ¡Ah! Pero ¿es ése? ¿Uno á quien le pintan junto á una huevera?

— Eso que tú tomas por una huevera es el sustentaciuo del globo terrestre.

— Vaya, ¿pues entonces cómo lo había de conocer? Si aquello no es huevera, ¿para qué hablan del huevo de Colón? Eso son ganas de confundir á los forasteros.

Irse de Madrid sin llevar un recuerdo del Centenario es cosa imposible.

La vida de Colón en aleuyas ó en *kirie eleison*, el álbum colombino con todas las estatuas del navegante tomadas á vista de concejal ó á vista de pájaro, el misterio de Colón por 10 céntimos. ¿Quién no se hace con un misterio por un perro?

Los amigos de aguzarse el ingenio pueden conseguirlo á poca costa.

Tenemos «la cuestión de Colón» fabricada con alambres que pueden servir de ganzúas en caso de apuro, y rompecabezas tan interesantes como el de «¿dónde está Colón?»

— ¿Dónde demonios estará? — pregunta el comprador dándole vueltas al carton.

Pero ¡cualquiera lo averigua! No habrá elegido mal escondite para librarse del actual chaparrón oratorio y tipográfico.

¡Ay del que llega á Madrid en estos días, llamado por sus propios negocios, que no por obra de Moguel ni por gracia del espíritu colombino!

— ¡Señorito! — le dirán al bajar del tren — ¡el programa de las fiestas! ¡el retrato de la cabalgata! ¡la guía del bigote colombista!

— ¡Calla por Dios! No quiero nada de eso; toma el talón y llévame á un sitio en donde no se hable de Cristóbal Colón...

— Ya veremos, señorito.

— Ni de Bosch y Fustegueras.

— ¡Ay, señorito! eso ya es mucho pedir.

LUIS ROYO Y VILLANOVA.

GACETILLAS TEATRALES

ECHEMOS una columna á teatros; es lo que priva. Hay no sé cuántos coliseos abiertos, y todo se vuelve en este Madrid compañías cómico líricas, lírico-dramáticas, dramáticas á secas, y cómicas sin mezcla alguna de música; y á pesar de que abundan tanto los templos, el arte se encuentra decaído; decaído es poco; el arte se encuentra en la agonía, digan lo que quieran esos que cobran trimestres inmensos, abrumadores, terribles, como la renta de consumos.

Yo me meto á crítico porque estoy á la altura de las producciones teatrales del día. Quiden ustedes media docena (creo que me he corrido) de autores, y á todos los demás los puede llamar de tú, en asuntos de literatura, cualquier gacetillero como el que suscribe. Alas y Balart tienen poco que hacer en los teatros de ahora. Vengan, vengan los truchimanés que han invadido la escena española, que con ellos podemos entendernos los críticos de pan y melón.

Con lo cual queda justificado el que eche yo mi cuarto á críticas y el que lo echen otros varios también. Porque los críticos suelen andar como los autores, y que perdone el *Abate Pirracas* la comparación. No esperen ustedes de mí trabajos grandes y meditados, como dicen los oradores. Nada de eso. Me contentaré con noticias breves pero sinceras.

En la Zarzuela se ha estrenado una ópera titulada *Cristobal Colón*. La tal ópera no es nueva del todo. Se trata de *Tierra*, con medias suelas y tacones; es decir, con un par de actos más. El maestro Llanos ha ensanchado su obra primitiva. Lo contrario de lo que hace Pina con sus comedias ó con las comedias de los franceses que caen bajo su mano. El cual Pina achica lenta, pero seguramente, sus producciones; primero suelen tener tres actos, y luego, dos. Vamos, que hace con las comedias lo que con los gabanes; los vuelve para que sirvan tres ó cuatro temporadas.

Volvamos á *Cristobal Colón*. Según dicen los inteligentes, la parte nueva, de la ópera casi nueva, no es buena, y queda sólo como bueno lo que no es nuevo; es decir, lo que hace años se estrenó con el nombre de *¡Tierra!*

También hemos oído afirmar á personas competentemente autorizadas, que la música del maestro Llanos está bien instrumentada, y que si no gran inspiración, revela conocimiento y profundo estudio del arte. No se trata, pues, de ninguna maravilla; pero si el autor de *Cristobal Colón* tiene la fortuna de que se meta con él airadamente



Peña y Goñi, es muy posible que á todos nos parezca que la ópera estrenada en la Zarzuela vale tanto como *Los Hugonotes*.

En el Circo de Parish ha comenzado sus tareas (como suele decirse á propósito del chocolate), una compañía que dirige Paris. Me parece que con eso de Parish y Paris, hay materia sobrada para unos cuantos juegos de vocablos; pero no está bien el abusar del género. Luis Paris, que pegó mucho y que habló con bastante desenfado de los señores cómicos, y puso como chupa de dómine á los autores, tiene ahora ocasión de demostrarnos que es de los que sermonean y practican. Aunque es de temer que no lo consiga conocidos los elementos artísticos á cuyo frente se encuentra como director. En fin, la verdad es que hasta ahora no hay motivo ni para los aplausos ni para los silbidos. Después, veremos. Lo único que me chocó fué ver á Montiano representando un papel en *Los Mosqueteros grises*. ¡Cómo se enfadará el exdiputado neo Godío, al saber que Montiano ayuda á poner en caricatura á monjas, frailes y presbíteros.

En Eslava han estrenado una pieza que los autores titulan *El Africano*, y que pertenece al tan desacreditado género de las re-

vistas políticas. ¡El simbolismo por horas, peor mil veces que el simbolismo por funciones completas, tiene todavía cultivadores! Allí, en *El Africano*, salen Cánovas y Sagasta, y Canalejas; y una porción de caballeros simbólicos dicen varias cosas que á nadie interesan y que además no suelen estar del todo bien expresadas, y se acaba la función. El año que viene vuelta á salir Canalejas con Cánovas y con Sagasta, y así se pasa la vida y así se nos viene el aburrimiento. ¡Es muy socorrido el simbolismo!

Pero todavía es más socorrido el procedimiento del autor de la música de *El Africano*. El cual autor ha cogido por su cuenta á varios maestros y los ha puesto en solfa. Pero Sr. Vidal, Sr. Vidal, deje usted tranquilos yacer á los que están con Dios, gozando de una gloria merecida.

Las puertas del teatro de la Princesa son dosadas. Es por esto que la señora Tubau no brilla sobre las planchas de aquel teatro, bien á pesar de sus sucesos repetidos. El señor director de la compañía hace bello buscar de obras, no las encuentra.

Se dice que Palencia retorna á América cantando:

Todo está igual,
parece que fué ayer
el día en que partí.

Juan Palomo.



FESTEJOS POPULARES

—Aseguro á ustedes—dice el jefe de esta familia—¡que no seré yo quien vuelva á otro Centenario de Colón!

SUMARIO DEL NÚMERO ANTERIOR

Del teatro por horas.—A. Pons.

Redacción de "La Caricatura..."*

La Semana.—Eduardo de Palacio.

Conjugaciones castellanas.—Rojas.

Un pobre ciego: Historieta.—A. Pons.

Mi mismo nombre.—Luis Taboada.

La educación sobre todo.—Rojas.

Callejeo.—A. Pons.

Murmuraciones.—J. Francos Rodríguez.

Del arroyo.—A. Pons.

50 pesetas de regalo.—*

Los hombres del día: Francisco Javier

Amérigo.—A. Pons.—*

Cuentos franceses: La diligencia y el fe-

rocarril.—Armand Silvestre.

Un envoltorio: Historieta.—Rojas.

Fin de siglo.—A. Pons.

Suerte de las palabras.—José María Esbrí

Capitán Andrews: Caricatura.

Los ingleses en el Polo.—A. Pons.

Laberinto.

Un requiebro.—Luque.

Oigan ustedes.—*

Anuncios.

Sección amena y productiva

JEROGLÍFICO CON PREMIO

PRIMER PREMIO.—50 PESETAS.—Cinco segundos premios de un año de suscripción á LA CARICATURA.

Ahí tienen ustedes el primer entretenimiento para que se vayan acostumbrando á ganarse la vida honradamente. Es de lo más facilito que darse puede. Se trata de una cosa que todos ustedes saben muy bien. Que no pueden ni deben olvidar.



Solución al laberinto del número anterior.



Los trozos negros marcan el camino que se ha debido seguir.

El Sr. Navarro Reverter, Delegado general de la Exposición Histórico-Americana de Madrid, ha tenido la bondad, que le agradecemos, de remitirnos un plano encuadrado de dicha Exposición, hecho en la litografía del Instituto Geográfico y Estadístico.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

Horas de oficina en la Administración, de 8 á 12 de la mañana y de 3 á 6 de la tarde.

Todos los grabados de este número, han sido hechos en los talleres de fotograbado de L. R. y C.^ª, San Bernardo, 69, Madrid.

En el número próximo publicaremos la solución y los nombres de los que hayan ganado los premios.

Los anuncios para LA CARICATURA sólo se reciben en la empresa anunciadora Los Tiroleses, Barrionuevo, números 7 y 9, entresuelo.—Teléfono 331.



Verte con ese sombrero, francamente, me da asco; si quieres ser caballero, vete á casa de Carrasco, que es el mejor sombrero 26, Carretas, 26



¡Caramba! El mejor café, no es el de la España? Diga usted que sí, etc.
LA ESPAÑA
Santa Engracia, 14.



E. DE PALACIO

—
ADAN Y COMPAÑÍA



ANGEL PONS

| | |
|---|---|
| Historietas. 300 DIBUJOS 3,50 PESETAS | Notas alegres. 300 DIBUJOS 3,50 PESETAS |
|---|---|

MANUEL FERNÁNDEZ LASANTA, EDITOR.—RAMALES, 6.—MADRID

IMPRESA
DE
ENRIQUE ROJAS Y C.^a
PLAZA DE LOS MOSTENSES, 12
ESQUINA Á LA CALLE DE LAS BEATAS
MADRID

IMPRESIONES
DE
GRAN LUJO
Esmero en los trabajos
QUE SE ENCOMIENDAN
Á ESTE ESTABLECIMIENTO

LA CARICATURA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA
SE PUBLICA LOS SÁBADOS

16 PÁGINAS. 15 CÉNTIMOS

ADMINISTRACIÓN, CHURRUCA, 4, BAJO, MADRID

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias: Semestre, 4 pesetas; año, 7 pesetas.
Ultramar y extranjero: Año, 10 francos.
En provincias no se admiten suscripciones por menos de un semestre, y en Ultramar y extranjero por menos de un año.
El pago es adelantado.
VENTA.—Número suelto, 15 céntimos.—Id. atrasado, 30 céntimos. Corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
Toda la correspondencia á nombre del Administrador, D. RAMÓN MILLET.

BANCO CERROLAZA Y COMPAÑÍA

CAPITAL SOCIAL: 5.000.000 DE PESETAS

IMPOSICIONES

Este Banco admite cantidades en depósito y en cuenta corriente desde 500 pesetas en adelante, y abona por las mismas los intereses que van á continuación:

En cuenta corriente, á la vista, el 3 por 100 anual.
En depósito, á plazo de 1/2 año, el 6 por 100 anual.
En id. id. de 1 año, el 8 por 100 anual.
En id. id. de 2 años, el 10 por 100 anual.

Se admiten también cantidades á renta vitalicia, á interés convencional.

OPERACIONES

sobre títulos cotizables, cupones, resguardos de la Caja general de Depósitos, del Monte de Piedad y otras garantías.

INTERESANTÍSIMO



— Soy muy desgraciado. Confíe mi dinero á unas sociedades de crédito y me han dejado así.

PARA MAS DETALLES,

PÍDANSE PROSPECTOS AL DIRECTOR DE ESTE BANCO

PRECIADOS, 1, SEGUNDO, MADRID

Teléfono 812.

Imp de Enrique Rojas y C.^a, plaza de los Mostenses, 12.



¿Que por qué me va tan bien? Porque tengo mis cuartos en casa de Cerrolaza, y allí están seguros.